

nación hacia él, una aptitud o una afinidad natural que nacen de la pasión - del amor, y a lo que corresponde de parte del mal, como pasión contraria, el odio. En segundo lugar, si el bien no es aún poseído, comunica al apetito el movimiento para adquirir el bien que ama, y éste constituye la pasión del deseo o de la concupiscencia, a la cual se opone por parte del mal, el alejamiento o aversión. En tercer lugar, después que el bien ha sido adquirido, procura al apetito como un reposo en ese mismo bien, de donde resulta la delectación o alegría, a la cual se opone por parte del mal, el dolor o tristeza. Si pasamos ahora a las pasiones de lo irascible, éste supone primero una cierta aptitud o inclinación a perseguir el bien o a huir del mal que concierne al bien o al mal considerados absolutamente; más, por otra parte, con respecto al bien que no ha sido aún obtenido, engendra la esperanza y la desesperación, y con respecto al mal inminente, engendra las pasiones de temor o audacia. Por lo que se refiere al bien ya obtenido, no hay ninguna pasión en lo irascible, porque entonces ese carácter arduo, de que hemos hablado antes, no se encuentra ya, y la pasión de la cólera resulta, al contrario, de la presencia actual del mal".

Estas once pasiones se engendran unas y otras según un orden determinado, puesto que, en efecto, lo irascible presupone lo concupiscible. La primera de estas pasiones es la primera de lo concupiscible, el amor, y la segunda es su contrario, el odio. Siguen el deseo del objeto amado y la aversión del objeto del objeto odiado; vienen después la esperanza del bien deseado con su contrario, la desesperación; la esperanza, a su vez, engendra la audacia, y la desesperación de vencer engendra el miedo. La cólera o ira puede seguir entonces a la audacia para vencer el obstáculo que se opone a la realización de los designios pasionales, y quedan, en fin, la alegría y la tristeza como las pasiones últimas, y que resultan de todas las demás en cuanto marcan el reposo del alma en el goce del objeto que aman o su inquietud por no haber podido apoderarse de él.

Moralidad del placer.

En nuestro estudio de las pasiones no consideraremos sino dos pasiones especiales: el placer (gozo o delectación) y el dolor (pena o tristeza), reservando la consideración de las demás para el estudio de las virtudes con las que guardan una relación estrecha. Esto nos evita desde luego una repetición obligada. Pero, además, el contrar nuestra atención en el placer y el dolor nos permitirá precisar la psicología de todas las pasiones y porcatarnos del procedimiento tomista con respecto a ellas, ya que estas dos pasiones - placer y dolor - gobiernan desde el principio todo el movimiento del apetito, como afirma Sertillanges.

En efecto todas las pasiones se refieren al bien o al mal del hombre, por que sólo puede mover a una facultad apetitiva lo que se presenta a ella como favorable o contrario, según hemos visto. De ahí que sean capitales aquellas pasiones que de sí o inmediatamente guarden relación con el bien o el mal del hombre, y secundarias las que se relacionen con éste de un modo indirecto o accidental. Ahora bien, sabemos ya que nuestra actividad se establece en un doble plan. Existe el orden de la intención y el orden de la ejecución relacionados de tal manera que lo que es primero para nuestras tendencias es último para su consecución. Se desea en principio lo que será obtenido al fin; se obtiene al cabo del esfuerzo lo que de antemano se había propuesto. Se comprende por lo anterior que las pasiones primitivas, aquellas que no presuponen a ninguna otra, son las que se refieren al bien una vez adquirido o al mal sobrevenido actualmente, ya que pasión dice apetito, tendencia, disposición afectiva y que se sufre primitivamente por lo que ha de llegar al último. Tales son el gozo y la tristeza. Si se ama alguna cosa, si se lo desea no teniéndola,

si se le espera considerándola como posible, es porque desde luego se ha considerado como deleitable. Si se odia algo, si se le huye, si existe esperanza o desesperación de escapar a ello, si se le teme o ataca, es porque desde luego se le ha considerado como penoso. Sólo en tanto que capaz de gozo o tristeza - el hombre es un ser de amor o de odio, de deseo o aversión, de desesperación o esperanza, de temor o de audacia, de ira, etc. Gozo y tristeza son las principales afecciones del alma, las pasiones maestras.

El Placer. Su naturaleza.

"El placer, dice Santo Tomás, nace de nuestra conjunción con un bien que nos conviene, cuando es sentido y conocido". Implica, pues, una cierta actividad del alma ya que es una reacción del apetito que señala la presencia de un cierto bien. Además, tal presencia debe ser percibida para que exista efectivamente contacto entre el apetito y el objeto en el cual se goza, por lo que tal presencia debe ser asimismo dichosa en cuanto tiende a perfeccionar al ser, completándolo de acuerdo con su naturaleza. Todo ello se comprende si se piensa en que todo ser tiende a su bien, es decir, a su desenvolvimiento de acuerdo con su especie. Cuando este desenvolvimiento - cualquiera que sea - ha terminado, el ser, reposando en él, encuentra su estado normal y su equilibrio. Para los animales, racionales o no, tal equilibrio o perfección adquirida se traduce en lo que denominamos placer, bienestar, alegría o delectación, siempre y cuando tengan el sentimiento o percepción de que lo adquirido constituye una perfección. Por otra parte, el contacto que se exige como condición del placer entre el apetito y el objeto en el cual se goza tiene aquí un sentido que se presta a diversas aplicaciones. Existe el contacto con un alimento cuando se le asimila; con un paisaje, cuando está bajo la mirada a distancia conveniente; con una fortuna, desde el momento en que somos dueños de ella, no importa donde se encuentre. Hay, pues, modos y grados diferentes que influyen en forma decisiva en las modalidades del placer. Por último, es necesario tener en cuenta que el desenvolvimiento obtenido por el contacto con los bienes, debe ser considerado precisamente como obtenido, y no como en vía de adquisición. El placer es una "entelequia", como la visión o la intelección, que están completas desde que son, sin extenderse en el tiempo, incompletas en el comienzo y perfectas en seguida. Que si los bienes que están sometidos al placer cambian, el placer cambiará también, sin que pueda decirse por ello que el placer se mueva ni que él sea un movimiento: varía en tanto que término de alteraciones sucesivas, siendo el mismo siempre en cada uno de los instantes en que se le considere, aunque siempre - - otro, como los instantes sucesivos del tiempo.

Clasificación y jerarquía de los placeres.

Debemos distinguir ante todo los placeres sensibles de los placeres espirituales. Estos últimos no son pasiones, ya que no reconocen cómo entró a la sensibilidad, sino que constituyen operaciones puras de la voluntad una especie de adhesión del espíritu al objeto espiritual considerado como conveniente.

Entre los placeres sensibles se pueden distinguir dos especies: los placeres corporales-aquellos que resultan de lo que conviene a nuestra constitución física,-y los placeres extranaturales-llamados también alegrías,-que no resultan nunca de un feliz estado fisiológico o psicológico sino de una estimación de la razón.

Santo Tomás resuelve fácilmente el problema de la jerarquía de los placeres, colocándose en diferentes puntos de vista:

a) Si comparamos los placeres sensibles y los placeres espirituales, tomando en cuenta la calidad del placer que se experimenta en estas acciones, es abso